

# JUDÍOS EN LAS BRIGADAS INTERNACIONALES. ALGUNAS CUESTIONES GENERALES

Raquel Ibáñez Sperber

Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel. E-mail: rsperber@vms.huji.ac.il

Recibido: 22 Septiembre 2005 / Revisado: 12 Octubre 2005 / Aceptado: 1 Enero 2006 / Publicación Online: 15 Febrero 2006

**Resumen:** El auge del antisemitismo en las derechas europeas de los años treinta constituye un factor importante para explicar la alta proporción de judíos en las Brigadas Internacionales. En Europa occidental, muchos brigadistas provienen de familias inmigrantes afectadas por los problemas político-sociales que sufren los judíos este-europeos. En Europa oriental, la crisis de los valores de la sociedad judía tradicional lleva a una intensa movilidad geográfica y política en la generación a la que pertenecen los brigadistas, caracterizada por una radicalización ideológica progresiva. Las motivaciones de estos judíos para participar en la guerra de España no son siempre conscientemente judías pero están determinadas por los procesos particulares de la sociedad judía de la época.

**Palabras Clave:** antifascismo, antisemitismo, Brigadas Internacionales, Guerra Civil 1936-1939, izquierda judía, judíos, judíos y fascismo, motivaciones judías, participación judía, siglo XX España.

El propósito de estas líneas es considerar las características supuestas o realmente “judías” de los voluntarios judíos que participaron en las filas de las Brigadas Internacionales, integrándolas en el contexto histórico-social que las genera. Me centraré principalmente en los voluntarios de origen europeo aunque haré alguna alusión a voluntarios no europeos en contextos en que el vínculo con Europa es importante.

Como es bien sabido, la participación de los judíos en las BBII fue desproporcionadamente alta (de todas las cifras que se han barajado la más aceptada parece ser la que los sitúa en torno

a los siete mil de un total de unos 35-40.000 voluntarios). Esa desproporción está claramente relacionada con la de su militancia en los movimientos y partidos de izquierda, de forma que la cuestión del por qué de la activa participación de los judíos en las Brigadas (y también en otras unidades del ejército republicano donde había extranjeros) cabría quizás formularla más adecuadamente de otra manera: ¿por qué esa alta militancia de judíos en la izquierda de la época en que estalla en España la guerra civil? Mi objetivo no es exactamente contestar a esta pregunta, aunque sí proporcionar algunos datos que por sí mismos son comienzo de una respuesta.

Volviendo al caso de las BBII, cualquier intento de análisis global de la participación judía es arriesgado. El mundo de los voluntarios judíos ofrece en la década de los treinta del siglo 20, a nivel intrajudío, un variopinto panorama de influencias culturales distintas y grados diferentes de adaptación o asimilación (y de voluntad o posibilidad de adaptación o asimilación) a los países de que provienen; desde el punto de vista de la sociedad general, también las coyunturas socio-económicas e incluso legales en que están inmersos son diferentes y están, además, en plena evolución. ¿En qué medida ese panorama permite (o no) hablar entonces de los voluntarios judíos como grupo separado con una serie de características y problemas comunes? En cuanto a su forma de considerar su propia identidad: ¿fueron esos judíos a España como judíos, o como hombres y mujeres de izquierdas que únicamente de forma aleatoria resultan ser de origen judío? ¿cuál es la imagen que, a este respecto, ellos tenían de sí mismos y hasta qué punto se da o no entre los judíos una cohesión de grupo?, ¿nos da la

contestación a esa pregunta automáticamente la respuesta a la anterior?

Aunque el estado actual de la investigación no permite todavía dar una respuesta puntual a estas preguntas, podemos apuntar a algunos fenómenos y tendencias que ayuden a enfocarlas. Para empezar digamos que, si hay algo que caracteriza a los voluntarios judíos tomados en conjunto, es el hecho de que la generación a la que pertenecen (en su inmensa mayoría han nacido entre 1905 y 1915) es, esencialmente, una generación de crisis. Esa crisis, sin embargo, toma aspectos particulares según las distintas zonas geográficas. Simplificando, podríamos clasificar a los voluntarios, según su procedencia, en dos categorías principales<sup>1</sup>: los que proceden de países donde los judíos forman en aquellos momentos un grupo étnico diferenciado dotado de estructuras y lengua propia (caso de una buena parte de Europa oriental) y aquellos donde, teóricamente al menos, aparecen integrados en la ciudadanía general (caso de los países llamados occidentales).

## 1. “OCCIDENTALES” Y “ORIENTALES”: ¿DOS MUNDOS DISTINTOS?

### 1. 1 Judíos occidentales

En los países occidentales, dos circunstancias tienen una incidencia directa en la vida de los futuros voluntarios de las Brigadas Internacionales: en primer lugar, la acentuación del antisemitismo, que pasa a formar parte expresamente, y en ocasiones de manera muy destacada, en el contenido ideológico de las derechas europeas y americanas en los años treinta. Junto con ello, el confinamiento de la identidad judía a la esfera religiosa, que ha sido típica de esos países hasta tiempos muy recientes (“ser judío” es, ante todo, pertenecer a la religión judía y esa religión atañe, desde los días de la Revolución Francesa, a la esfera de la vida privada y no de la pública), niega de hecho a los judíos una identidad propia, fuera de la religiosa, o la tolera, especialmente si se trata de inmigrantes, considerándola una anomalía que se resolverá cuando esos judíos pasen a formar parte plena de las naciones en las que han nacido; es decir, con la asimilación de la minoría judía a una mayoría definida con los criterios nacionalistas adoptados, también ellos, a partir de la Revolución Francesa; estos criterios consideran además el territorio como ingrediente

principal, cuando no exclusivo, de la nacionalidad.

Esta actitud es compartida en general por los judíos de dichos países incluso cuando se autodefinen como no nacionalistas o antinacionalistas. El periodista socialdemócrata alemán Hans Erich Kaminski, que estuvo en España como reportero desde los comienzos de la guerra civil hasta la primavera de 1937, da en 1938 una típica definición de las coordenadas por las que pasa en estos países occidentales el concepto de nacionalidad y la consideración del judaísmo:

“Que soy judío es un hecho, y no lo oculto. Nunca, sin embargo, me ha llevado eso a tomar ninguna posición. No creo ni en el Dios de los judíos ni en ningún otro. No creo tampoco que los judíos sean un pueblo, una nación o una raza. (Un pueblo supone una historia, una lengua, un territorio comunes; una nación no existe sino por la voluntad o el consentimiento tácito de sus miembros; la noción racial es una simple ficción que no soporta el menor examen serio [...]. [Los judíos] sólo existen como grupo por la voluntad de sus enemigos, y lo que los une es como mucho una vaga solidaridad nutrida de la amenaza y el miedo comunes”<sup>2</sup>.

Kaminski, muy característicamente, se declara “más profundamente” alemán que judío “lo quieran o no lo quieran los nazis” y ello aunque nunca ha sido “un nacionalista alemán [...]”. Estoy contra todos los nacionalismos”<sup>3</sup>.

Los judíos de estos países tienden, consiguientemente, a minimizar la influencia de una motivación específicamente judía en su decisión de ir a España y a relegar su judaísmo y sus posibles influencias a la esfera privada, según el concepto de la sociedad general en que viven; esta postura se ve incluso exacerbada, al menos de cara al exterior, como reacción al antisemitismo creciente de ciertos grupos de esa sociedad que, justamente, tienden a cuestionarles su pertenencia a ella.

En lo que respecta a este concepto del judaísmo (y de la conciencia de pertenencia grupal), la actitud de los voluntarios judíos “occidentales” en las Brigadas Internacionales se ve mitigada por varios factores. Uno que importa destacar es que una buena parte de ellos son, como veremos, inmigrantes; a los pertenecientes a este grupo hay que encuadrarlos, sin embargo, en sus lugares de origen a cuyo mundo sociocultural

pertenecen. En cuanto a los voluntarios que son realmente nacidos en los países occidentales, muchos de ellos (probablemente la mayoría, pero éste es un tema que habría que investigar más a fondo) son hijos de inmigrantes. Esos hombres y mujeres, primera generación nacida en el país, son hijos de padres procedentes de Europa oriental y han crecido en hogares donde todavía se habla yidish, en un entorno que es mayoritariamente judío incluso en los círculos políticos en que se mueven y, por supuesto, en el familiar y social inmediato.

Una de las consecuencias de esta circunstancia es que esos voluntarios son muy conscientes de los peligros del antisemitismo por sentirlo en carne propia<sup>4</sup>; además, tienen un acceso mucho más próximo y directo a la grave situación de los judíos centro y esteuropeos que la población circundante. Incluso los que tienden a considerar el antisemitismo como una forma más de racismo y a negarle una incidencia específica en sus opciones políticas personales, se ven afectados personalmente por el “problema judío”. Así, por ejemplo, un judío declaradamente “internacionalista” como el comunista estadounidense Harry Fisher, tiene buen cuidado, al hablar de los peligros del racismo nazi, de no centrarlo demasiado exclusivamente en el antisemitismo:

“Los nazis no se detendrían ante nada para llevar a cabo su objetivo final de construir un mundo dominado por los arios; donde los judíos, negros, gitanos y otros “indeseables” raciales y políticos, como los comunistas, socialistas, socialdemócratas y liberales, fuesen exterminados o reducidos a esclavitud. [...] En 1934 me sentía interesado por los asuntos extranjeros, especialmente por lo que estaba sucediendo en Alemania”<sup>5</sup>.

El interés y la preocupación de este futuro brigadista por la llegada al poder de Hitler en Alemania no es, por supuesto, una característica exclusivamente judía. Lo que no impide que, en España, reciba una carta donde su madre le cuenta que el hijo de su hermana, en Polonia, no puede emigrar a Estados Unidos porque “[f]ui a hacer una solicitud y me dijeron que debo tener cinco o seis mil dólares para depositar como fianza”<sup>6</sup>. El problema planteado por el auge del antisemitismo europeo azuzado por la derecha fascista en Polonia, Rumanía o Hungría (y, por supuesto, en Alemania) no es, pues, ni para Harry Fisher ni para muchos de sus compañeros de procedencia “occidental”, un problema

abstracto ni les atañe exclusivamente debido a su opción ideológica.

Algunos de estos voluntarios, como ya hemos dicho, provienen de hogares donde la impronta judía es fuerte. Los nombres judíos abundan en las personas por cuya salud se interesan en las cartas que envían a sus familiares, pero también en las que mandan a sus compañeros de partido<sup>7</sup>. Ya de por sí, el hecho de llevar nombres específicamente judíos en Estados Unidos (país donde la inmigración judía tiene una tradición relativamente vieja) en la década de los treinta indica que se trata de una generación cuyos padres siguen inmersos en un mundo en algún aspecto tradicional<sup>8</sup> o que, al menos, han recibido algún tipo de educación judía. Ellos mismos la tienen muchas veces: el propio Harry Fisher se educó en un orfanato judío neoyorquino y su madre (que en las cartas, escritas por su hermana porque ella sólo sabía escribir en yidish, se dirige a él por su nombre judío, Hersh) era, por lo menos, tradicional. Su caso no es único. Los orfanatos judíos neoyorquinos parecen haber aportado algunas decenas de voluntarios a las Brigadas Internacionales<sup>9</sup>.

Al otro lado del Atlántico, de los diecisiete voluntarios británicos entrevistados por David Corkill y Stuart Rawnsley<sup>10</sup>, los cuatro judíos, Maurice Levine, Leslie Preger, David Goodman y John Davidson, son hijos de inmigrantes del este de Europa –tres de la Rusia zarista y uno de Lituania. Los cuatro declaran haber crecido en un ambiente predominantemente judío y los cuatro proceden de hogares religiosos; tres de ellos asistieron a escuelas judías (complementarias) mientras que Maurice Levine, que vivía en una “zona de judíos de la clase trabajadora”, empezó a trabajar a los catorce años en su Manchester natal “en la industria del vestido como cortador, viviendo y trabajando en un entorno judío”<sup>11</sup>. Sólo uno, Leslie Preger, declara haber pasado su infancia en una situación confortable desde el punto de vista económico. Josh Davidson, nacido en un hogar tradicional como los demás, se interesó por las cuestiones sociales por su padre, un judío religioso que era “una persona con mucho interés por la política”, un caso típico que caracteriza a esta generación de transición acelerada. El único voluntario judío irlandés, Maurice Levitas, no difiere mucho en esos puntos de su biografía: hijo de padres lituanos religiosos, creció en un hogar yidishhablante muy pobre de la zona obrera dublina de

Portobello conocida localmente como “La pequeña Jerusalén”<sup>12</sup>. El modelo se repite lo que no quiere decir, por supuesto, que todos los voluntarios hijos de inmigrantes provengan de familias tradicionales; lo que sí indica es que, incluso en los que vienen de familias con un pasado revolucionario, este pasado está en muchas ocasiones ligado directamente a los procesos peculiares de Europa oriental y a la experiencia judía en esa zona y, en ese sentido, el hecho de ser hijos de inmigrantes hace que su caso sea hasta cierto punto peculiar con respecto a otros brigadistas no judíos que no son de origen inmigrante (o, si lo son, tienen un pasado con una carga emocional e histórica distinta).

## 1.2 Judíos orientales

En Europa central y oriental, la situación es distinta. Los judíos constituyen, en esos países, una minoría étnica reconocida como tal en los acuerdos que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Pertenecen, en gran parte de la zona, a naciones que no existían como estados soberanos cuando ellos nacieron (o que existían con distintas fronteras) y donde las minorías, no aceptadas de buen grado por las mayorías que quieren imponer su impronta en la sociedad general, son numerosos importantes y étnicamente conscientes. En lo que hace al caso judío, la formación de las nuevas naciones viene a dividir arbitrariamente la sociedad judía dislocándola al separar zonas habitadas por colectividades más o menos homogéneas (en lo que se refiere a la lengua que en ellas hablan los judíos, a la cohesión comunitaria, al grado de influencia de la sociedad no judía o a la situación sociopolítica anterior a la Primera Guerra Mundial) y reunir en un solo país a otras muy diferenciadas en su extracción sociopolítica y experiencia histórica. En países tan importantes para estudiar la contribución judía a las Brigadas Internacionales como son Rumanía y Polonia, por ejemplo, las fronteras recientemente establecidas añaden en el primer caso al país nuevas zonas procedentes del antiguo Imperio Austro-húngaro (Bucovina y Transilvania) donde los judíos eran reconocidos como ciudadanos desde hacía mucho tiempo y otras donde sólo había recibido la ciudadanía en 1917 (Besarabia) que vienen a sumarse a los habitantes judíos de la Rumanía anterior a la guerra, donde los judíos no habían gozado nunca de derechos políticos<sup>13</sup>. En Polonia, la situación es aún más compleja. A zonas de marcada impronta jasídica donde la polonización se deja sentir sobre todo en las grandes ciudades y en

los estratos acomodados de la población (la llamada “Polonia del Congreso”, que corresponde más o menos a la antigua zona de asentamiento judía en la parte polaca del territorio del Imperio Ruso), se vienen a agregar otras donde un fuerte movimiento obrero judío se da simultáneamente con una resistencia al jasidismo y una preponderancia de la Ilustración judía o *haskalá* (en las partes de Bielorusia y Lituania adjudicadas a la nueva Polonia), un segundo tipo de judíos que responde al modelo de los judíos ucraniannos (en Volhynia) y un tercer tipo compuesto por grupos de influencia alemana en las zonas que habían pertenecido a Alemania hasta la Primera Guerra Mundial (Alta Silesia, Posen y Pomerania). También en los otros países de Centroeuropa se dan mezclas que hacen muy compleja la situación, con judíos pertenecientes a distintas zonas de influencia cultural<sup>14</sup>.

El país europeo que más brigadistas aporta al ejército de la República si nos atenemos a su lugar de nacimiento (y no al lugar desde donde inician el viaje a España), es Polonia, que cuenta con la comunidad judía más numerosa del continente (algo más de tres millones de personas; segunda del mundo después de la de Estados Unidos). Los judíos representan en ese país, entre las dos guerras mundiales, casi el 10% de la población total, pero como la judía es una minoría predominantemente urbana (y en proceso de urbanización), llegan a constituir en 1931 el 41,9% de la población total de los centros urbanos con más de 10.000 habitantes<sup>15</sup>, donde la vida política es más activa; esto ayuda a explicar la alta participación proporcional de los judíos entre los voluntarios de origen polaco en las Brigadas (entre un 30 y un 40% del total. Son el grupo en que la proporción judía es más alta después de los procedentes de Palestina y de Rumanía y a la par con los estadounidenses y los alemanes).

Una buena parte de los voluntarios judeopolacos han vivido en su infancia o su primera adolescencia los traumáticos sucesos de la Primera Guerra Mundial (“Nací bajo el signo de la guerra, ¿y quién no?”; con esas palabras inicia Alexander Szurek, que en la guerra de España sería asistente del general Walter con grado de capitán, su autobiografía)<sup>16</sup> y de la posterior guerra polaco-soviética que descoyuntó las comunidades judías de las zonas en conflicto (con frecuentes persecuciones y pogroms) y contribuyó a precipitar la decadencia de los valores y modos de vida tradicionales que ya se

había iniciado antes debido a una serie de procesos socioeconómicos; estos últimos incluyen una progresiva industrialización y un proceso de creciente empobrecimiento y “proletarización” de los judíos en cierto modo falsa, que se refleja en una reinserción anómala y casi anacrónica en la nueva estructura económica; en ella, los judíos abundan en trabajos tradicionales que están en vías de desaparición, en un pequeño comercio cada vez más depauperado debido a la evolución económica general, pero también en parte al boicot del comercio judío promovido por los partidos y movimientos de la derecha polaca cada vez más poderosos en esos años. También son muy abundantes en la artesanía y la muy pequeña industria (los judíos empleados en la industria trabajan, en su mayoría, en empresas de menos de cinco trabajadores, casi familiares o directamente familiares)<sup>17</sup>. Es un proceso que desestabiliza a la pequeña burguesía desclasándola pero sin permitirle una verdadera inserción en el proceso de industrialización. De hecho, una buena parte de estos brigadistas se declara de origen “pequeñoburgués” en los cuestionarios de las Brigadas Internacionales donde se les pide esa información.

Todas estas tendencias hacen que la generación a la que pertenecen los brigadistas de procedencia esteuropea sea, básicamente, una generación caracterizada por la movilidad:

### 1. 2.1 Movilidad geográfica

Debido a las dificultades con que los judíos tropiezan, los cambios de domicilio en el interior mismo del país son tan frecuentes que no es difícil encontrar, en la lectura de autobiografías de voluntarios (como de los hombres y mujeres de su generación en general), casos en que ni siquiera hermanos muy seguidos han nacido en el mismo sitio.

Pero no es sólo la movilidad en el interior mismo del país sino también la emigración, legal o ilegal, la que ofrece, ya desde finales del siglo XIX, una salida recurrentemente utilizada a una situación socioeconómica asfixiante y sin futuro. Entre 1926 y 1935, años en que esta emigración afecta de pleno al grupo de edad al que pertenecen los futuros voluntarios, 165.431 judíos abandonan Polonia y 22.272, Rumania (que cuenta con una población judía total de 756.930 personas en 1930, también ella predominantemente urbana)<sup>18</sup>. Sólo entre 1931 y 1935, salen de Polonia 77.959 judíos que

constituyen un 83,9% de la emigración general de dicho país. Esta extraordinaria movilidad geográfica sólo parece estar frenada por la creciente legislación antiinmigratoria (en ocasiones, en la década de los treinta, incluso discriminatoria con respecto a los judíos) que cierra las puertas de los países receptores tradicionales de la inmigración judía en el “Nuevo Mundo”. En cuanto a Europa, Alemania se ha convertido, de país de inmigración judía, en país de emigración; Francia y Bélgica, que tras la sangría demográfica de la Primera Guerra Mundial acogieron de buena gana la mano de obra que proporcionaban los emigrantes europeos orientales, se enfrentan en la década de los treinta al paro y crisis económica que son resultado de la gran depresión y cierran las puertas. En cuanto a Palestina<sup>19</sup>, el cambio de la política y el acercamiento a los árabes de la potencia mandataria, recorta drásticamente las posibilidades que tienen los judíos de inmigrar.

En lo que respecta a Francia, centro neurálgico del reclutamiento y organización de los brigadistas antes de llegar a España, se trata del país que ocupó en los años veinte y treinta del siglo XX el tercer lugar como país de recepción de inmigrantes judíos; entre ellos se encuentran, a partir de la década de los treinta, numerosos refugiados alemanes<sup>20</sup> y austriacos así como otros refugiados huidos del fascismo por motivos políticos, raciales o, muy frecuentemente, ambas cosas a la vez, procedentes sobre todo de países donde el partido comunista es ilegal, como en Polonia o en Palestina. La comunidad judía de París, que en los años de la guerra civil contaba con 190.000 personas, parece haber proporcionado un alto contingente de estos judíos inmigrantes procedentes de Francia<sup>21</sup>. A ellos hay que sumar los que se encuentran cursando estudios en distintas universidades de dicho país, ya sea como forma de inmigración encubierta –los inscritos en la universidad tenían permiso de estancia en Francia- o debido a la presión hostil ejercida sobre los estudiantes judíos en los países donde la derecha se va imponiendo. Esta presión, que se limita al principio a incidentes violentos, se verá sancionada después por la aplicación formal *numerus clausus* que, en ciertas carreras, se convierte en *numerus nullus*<sup>22</sup>.

Es el caso de los belgas, de los 196 voluntarios judíos belgas contabilizados y estudiados por Rudi Van Doorslaer<sup>23</sup> sólo 6% son nacidos en Bélgica. De los casi 200 brigadistas palestinos

judíos contabilizados por mí, sólo cuatro son nacidos en el país aunque a ellos se podrían agregar quizás unos cuantos más que llegaron de niños (la Palestina judía de la época es, a esos efectos, un país prácticamente europeo).

En todo caso, esta movilidad territorial, tiene varias consecuencias que se reflejan en la tipología a que responden los brigadistas. En primer lugar, contra lo que cabría quizás esperar, la crisis económica tiende en general a perpetuar la ocupación laboral de los jóvenes emigrantes judíos en las tradicionales ocupaciones “judías”, ya que no logran encontrar un puesto en la infraestructura económica del país de acogida y, si lo encuentran, suele ser gracias a recomendaciones o información de círculos cercanos a ellos y, por lo tanto, judíos. En los brigadistas judíos procedentes de esta emigración encontramos un gran número de trabajadores en la confección y la vestimenta en general, empleados independientes en trabajos de estación etc.

El brigadista judeopalestino Hanan Ayalti hace, en su novela *Der hotel vos existirt nit*, una descripción del ambiente en los círculos inmigrantes judíos de izquierdas en el “cinturón rojo” parisino, de la posterior marcha de muchos de ellos como voluntarios para luchar en las Brigadas Internacionales y de su trayectoria en España. A pesar de ser una obra de ficción, está claro que la descripción corresponde a una situación que Ayalti conoció de primera mano<sup>24</sup>. Otro brigadista, el judeopolaco Ilex Beller, emigrante ilegal en Bélgica y Francia, nos ha dejado, por su parte, una elocuente descripción de las “fábricas” minúsculas y las condiciones de trabajo de estos inmigrantes ilegales:

“Los talleres ‘judíos’ están instalados en su mayor parte en habitaciones pequeñas bajo el tejado o en el subsuelo. Muchas veces, es el modesto apartamento de dos o tres habitaciones [del propietario del taller] el que se utiliza [...] Otro punto muy importante es el carácter temporal de estos oficios ‘judíos’. Estaciones que casi nunca duran más de tres o cuatro meses; meses en los cuales se trabaja sin parar entre dieciseis y dieciocho horas diarias [...] Para los vecinos, la presencia de uno de esos talleres es una verdadera calamidad. Las máquinas ‘judías’ funcionan día y noche y no hay forma de pegar ojo”<sup>25</sup>.

Incidentalmente, añadamos que esta movilidad hace que el número de los que tienen

experiencia militar previa a su llegada a España sea relativamente escaso, probablemente menor que el de otros grupos (de hecho, uno de los motivos que los jóvenes judíos dan de su decisión de emigrar es la de evadirse del servicio militar en su lugar de origen).

Por otro lado, la dispersión que promueve la movilidad allana muchas veces el camino de los aspirantes a voluntarios permitiéndoles llegar al centro de reclutamiento de las Brigadas Internacionales en París. En ciertos casos, el viaje es facilitado por las redes establecidas por los partidos comunistas que son los que proporcionan el itinerario, los contactos y la documentación falsa cuando es necesaria<sup>26</sup>. Por supuesto, en estos casos el que el futuro voluntario sea o no judío no cambia nada en el procedimiento como no sea que, en muchas ocasiones, son las organizaciones específicamente judías (de habla yidish) del partido las que se hacen cargo del aspirante incluso en París. Pero cuando el voluntario viaja a Francia por sus propios medios, los futuros brigadistas judíos cuentan con la ventaja de la larga experiencia judía en el tema de la emigración ilegal. El viaje, que puede ser muy laborioso para los llegados de países como Polonia donde no se consigue fácilmente visado de salida (ni de entrada en países limítrofes), se ve facilitado por verdaderas redes especializadas en el paso ilegal de las fronteras que cuentan, en ocasiones, con financiación más o menos sistemática de las comunidades judías<sup>27</sup>. Estas redes están, naturalmente, pensadas para los emigrantes, pero no cabe descartar que los brigadistas acudieran a sus servicios. Además, los viajeros suelen contar con amigos o conocidos en distintos puntos del itinerario que, en ocasiones, incluso les ayudan a sufragar el viaje. Aun así, este último, en ocasiones, constituye una verdadera odisea. A Bóruj “Bobrus” Nissembaum, obrero con una larga experiencia revolucionaria que salió en diciembre de 1936 de Polonia, le costó cinco meses de cárceles en Checoslovaquia y Austria, expulsiones, intentos, nuevas expulsiones y pasos ilegales de frontera llegar a España.<sup>28</sup> Otros viajes no fueron menos azarosos, como lo demuestran algunas de las biografías publicadas por Arno Lustiger en *¡Shalom libertad!*<sup>29</sup>

### 1.2.2 Movilidad política

Además de viajera, la generación a la que pertenecen los brigadistas es una generación sumamente politizada. Los procesos ya

mencionados -declive de las formas de vida tradicionales, desclasamiento y urbanización- impulsan a los jóvenes, que ya no pueden pertenecer al mundo ideológico de sus padres, a buscar su lugar junto a otros jóvenes. Esta politización es, además, extraordinariamente móvil hasta el punto de que no es corriente encontrar voluntarios judíos que tengan la orientación política de la casa en que han crecido o que no pasen por varias opciones ideológicas. Esto es así hasta en casos en que la trayectoria ideológica posterior es muy clara. Así, vemos que incluso un comunista tan consecuente como Artur London, que crece en una casa donde el padre profesa ideas marxistas, que llega al comunismo a los trece años y que, al viajar a España (a los 22) llevará ya un tiempo en el aparato internacional del Comintern, ha sido miembro, en su primera adolescencia, de un grupo sionista en su Checoslovaquia natal<sup>30</sup>. Si London, que procede de un país en que la comunidad judía es tradicionalmente cosmopolita, repite una trayectoria ideológica sumamente corriente en los voluntarios judíos (sionismo de izquierdas → comunismo) el “viaje” ideológico (y siempre, en esta época, caracterizado por una creciente radicalización) de los voluntarios procedentes del mundo del *shtetl*, la aldea judía del “Yidishland”, es algo más largo e incluye a menudo una etapa previa de rebelión contra un ambiente familiar religioso. En estos casos, muy abundantes entre los polacos, la evolución ideológica suele ser: mundo judío tradicional → sionismo de izquierdas → comunismo (o simpatía por el comunismo). En apariencia, se trata de una opción: mundo judío tradicional → mundo judío laico (sionismo de izquierdas o, más raramente, bundismo) → mundo no judío (comunismo). En la práctica, no siempre es así. La obligación en que el comunismo se ve de aceptar una idiosincrasia particular judía dentro del partido comunista general del país por la dificultad que conlleva hacer propaganda entre los obreros judíos esteuropeos en una lengua que no sea el yídish<sup>31</sup>, hace que, de hecho, el joven judío que decide abandonar el “mundo judío” se vuelva en muchas ocasiones a encontrar, en las reuniones de la célula comunista, con los mismos jóvenes que han hecho un recorrido parecido al suyo y con los que, no pocas veces, ha convivido ya en otras organizaciones<sup>32</sup>; a esto hay que añadir que, en su estructura y contenido, esas organizaciones presentan una cierta semejanza con el mundo que dejaron atrás<sup>33</sup>. Todo esto da a la evolución ideológica de estos jóvenes un aspecto de trayectoria continuada en una misma

dirección y hace que el paso del sionismo al comunismo resulte ser, muchas veces, menos radical de lo que a simple vista parece. En otras palabras, la toma de conciencia internacionalista, que aparentemente se presenta como un abandono de la idea de pertenencia al grupo (el sucumbir “a la tentación de romper la cadena de la Elección y del Exilio” en fórmula de Annie Kriegel<sup>34</sup>) se presenta en muchos casos como una culminación de un mismo proceso continuado; en ciertos voluntarios, incluso como una nueva forma de tratar de llegar al mismo objetivo: solucionar la “cuestión judía”. En este sentido, creo que no está de más contar con la impotencia en que el sionismo se ve inmerso a partir de la aplicación, por parte de la Inglaterra mandataria, de cuotas estrictas de admisión de judíos en Palestina, como uno de los factores que desencadena el cambio ideológico.

Es esta impotencia la que obliga a ciertos voluntarios a buscar soluciones que darán otra dimensión a su trayectoria acercándolos al comunismo. Unos, en el propio país, otros, en nuevos horizontes. Es el caso, por ejemplo, de Yehiel (Henri) Szulewic, perteneciente a una familia rabínica, que milita en *Hashomer Hatzair* (izquierda sionista pionera), pero se ve obligado a emigrar a Barcelona, donde se integrará en organizaciones judías de inspiración comunista al no poder conseguir el certificado para llegar a Palestina<sup>35</sup>. Al producirse el levantamiento en España, Szulewic se incorporará a las milicias desde el primer día para pasar después a las Brigadas Internacionales.

En el caso de los voluntarios judíos palestinos, la evolución hacia el comunismo se produce como reacción a la situación socio-económica en Palestina y la actitud del yishuv judío con respecto a la población árabe. Dora Levin (Birnbach), Hanan Ayalti, Zvi Litwak... todos ellos han sido miembros de *kibutzim* y militado en el sionismo antes de hacerse comunistas en Palestina.

En ocasiones, la opción por una de las alternativas ideológicas sigue a la militancia doble. David Ostrowski (que llega a España procedente de Palestina) es, durante algún tiempo, miembro simultáneamente del sionista *Hashomer Hatzair* y del PKP (Partido comunista palestino); el norteamericano Harry Fisher vacila entre el socialismo y el comunismo<sup>36</sup>. No son los únicos en una época en que las ideologías exigen una identificación

absoluta que cuadra mal con las múltiples facetas de la identidad de muchos de estos judíos.

La iniciación política en los movimientos juveniles de estos futuros brigadistas cumple la función de poner a su alcance la cultura laica circundante de que sus primeros años en la escuela judía tradicional ha carecido por medio de bibliotecas, grupos de discusión, charlas políticas o asociaciones deportivas y culturales de diverso tipo. Son modelos que exportarán a sus nuevos lugares de residencia los que emigran creando asociaciones culturales, recreativas y deportivas judías de orientación comunista. Lo que no significa forzosamente una militancia en el partido o en sus movimientos juveniles, pero sí una simpatía estimulada por el prestigio de que goza la URSS en la década de los treinta para una buena parte de la izquierda, como república proletaria y baluarte contra el avance del fascismo<sup>37</sup>.

De estas asociaciones de emigrantes de orientación comunista, procede un buen número de voluntarios judíos en el ejército de la república española. En el AIC de París se reclutan los primeros grupos judíos organizados en Francia para ir a las Brigadas Internacionales. Antes que ellos, los deportistas del club obrero JASK de Bélgica han ido a España a participar en la Olimpiada Popular de Barcelona. Al empezar la guerra civil decidirán quedarse y formarán, junto con los emigrados principalmente polacos y alemanes instalados en Barcelona a lo largo de los años treinta (con una proporción mayoritaria de judíos), las primeras agrupaciones de milicianos extranjeros.

Naturalmente, hay también entre los brigadistas judíos polacos casos de hijos de la clase media o procedentes de familias proletarias algunas de las cuales ya estaban encuadradas en algún partido político; pero una buena parte está compuesta de hombres y mujeres autodidactas que, como ya he dicho, todavía en la adolescencia abandonan la estricta ortodoxia familiar para participar en los partidos y movimientos juveniles que les sirven de ventana al mundo exterior y les dan cierto sentimiento de seguridad en un mundo circundante hostil y carente de perspectivas económicas y sociales. Este cambio es, muy a menudo, un fenómeno familiar y, aunque en ocasiones es un compañero de escuela o de *yeshivá* (academia rabínica) quien introduce al joven en el movimiento, los casos en que esa iniciación se

produce por intermedio de hermanos, primos u otros familiares muy allegados, es bastante frecuente. Si el fenómeno del compromiso comunitario, incluso familiar, de la resistencia judía contra el nazismo en la Francia de la Segunda Guerra Mundial ha sido señalado como una de sus características<sup>38</sup>, sería muy interesante estudiar si ocurre otro tanto en el caso de la decisión de alistarse voluntario en la guerra de España. En cualquier caso, las autobiografías y testimonios orales recogidos hablan a menudo de viajes en grupo (intencionado y no casual) con su pareja, amigos, compañeros, hermanos o primos. Es el caso de Nahum Sofer, de David Karon o de Moshe Kilimnik que hicieron el viaje con amigos o compañeros de partido, de los hermanos Stone de EEUU, de Piet Akkermann de Amberes que no sólo viajó a España con su hermano Emil sino también con su mujer Vera; de las familias Gunzig, de Adela y Alter Szerman, que acudieron con Anna, la hermana de Adela... Se trata, una vez más, sólo de unos cuantos ejemplos representativos de otros muchos.

## 2. OPCIONES POLÍTICAS JUDÍAS Y GUERRA DE ESPAÑA

Los brigadistas judíos cuentan, en general, con la simpatía de su entorno. La aplastante mayoría de la opinión pública judía simpatiza con la República<sup>39</sup> hasta el punto de que, entre los movimientos y partidos políticos específicamente judíos, sólo los revisionistas (cuyo dirigente, Vladimir Jabotinski, adoptó oficialmente una actitud neutral) se decantaron en un primer momento por los rebeldes para echar marcha atrás cuando quedó claro el acuerdo entre Franco y la Alemania hitleriana<sup>40</sup>. La guerra abierta de Alemania al Pueblo Judío no deja, en realidad, mucha alternativa y es probablemente la causa por la cual incluso liberales tibios o la derecha "burguesa", muestra proporcionalmente más simpatía por la causa de la República que los pertenecientes a esos mismos círculos de población en la sociedad no judía<sup>41</sup>. La mayoría de los brigadistas se recluta, sin embargo, entre los movimientos políticos de izquierdas: socialistas, militantes del Bund<sup>42</sup> (socialistas judíos autonomistas yidishistas), sionistas de izquierdas (principalmente *Poalei Zion* y *Hashomer Hatzair*) y comunistas y simpatizantes que son los más numerosos.

Que todos esos movimientos y partidos miren con simpatía la causa de la República, no



significa forzosamente que apoyen o estimulen en la misma medida la participación de sus miembros en las Brigadas Internacionales. Dov Liebermann, que llegó a España procedente de Bélgica, comenta cómo Sercarz, dirigente de *Hashomer Hatzair*, advertía en las columnas de *Yidishe Presse*, el semanario sionista de Amberes, que la guerra de España no concernía a los judíos<sup>43</sup>. Es la posición del movimiento sionista en todas partes. En Palestina el eslogan es “Janitah<sup>44</sup> precede a Madrid”<sup>45</sup>; el sionismo no ve con buenos ojos que los jóvenes pioneros abandonen la lucha nacional en el país para integrarse en el ejército republicano y su prensa apenas da noticias de las BBII hasta que el conflicto está bien avanzado. A David Karon y un compañero, Kornfeld (Degani), ambos de *Hashomer Hatzair*, su *moshavá*<sup>46</sup> Hadar les niega el permiso para ir a España y, cuando van contra su voluntad, son expulsados de ella<sup>47</sup>. Para los sionistas que deciden con todo presentarse voluntarios, en ocasiones las milicias resultan más atractivas (aunque de más difícil acceso) que las Brigadas, donde la presión ideológica del comunismo, muy hostil al sionismo, se deja sentir. A este respecto resulta significativa la anécdota contada por el palestino Nahum Sofer a quien un oficial hace llamar en España y entrega, estando a solas, una carta retenida en la censura advirtiéndole que, en el futuro, tenga cuidado con la correspondencia que recibe. En la carta, un amigo, asimismo palestino y militante de *Poalei Zion*, le instaba a abandonar las Brigadas Internacionales e integrarse en las milicias del POUM<sup>48</sup>.

La periodista Gina Medem, que fue corresponsal de varios periódicos y revistas en yidish y autora del libro *Los judíos luchadores de la libertad* editado en 1937 por el Comisariado de las Brigadas Internacionales, afirma por su parte, que el bundista Binyomin Lipshitz, conocido en España como Barceló Loreto (?), habría llegado a los frentes españoles contraviniendo la prohibición de su partido<sup>49</sup>. No creo, sin embargo, que en este caso la prohibición, si existió como tal, haya que interpretarla como una negativa de los dirigentes del Bund a que sus miembros fueran voluntarios en España. De hecho, Victor Alter, dirigente del partido en Polonia, tachado de “social-fascista” en la prensa comunista judía de los años previos pero convertido en precario “compañero de ruta” en virtud de la política de alianzas adoptada por el Comintern de cara a la formación de los frentes nacionales, visitó el frente en abril del 37 y habló ante la Brigada XIII Dombrowski<sup>50</sup>.

En cuanto a los comunistas, aunque llevan a cabo una activa campaña de propaganda entre sus militantes y simpatizantes, no todos los aspirantes reciben permiso del partido para ir a España. Los motivos pueden ser personales —en principio, se prefirió enviar a hombres sin obligaciones familiares excesivas. A Max Amran (expulsado de Palestina por pertenecer al ilegal PKP y radicado en Francia), por ejemplo, se le denegó la autorización por ser padre de cuatro hijos; lo mismo sucedió en otros casos. Otras consideraciones de índole política parecen haber pesado en el ánimo de los responsables en ambas direcciones (es decir, para estimular o negar el permiso para enrolarse según los casos). Según es bien sabido, a los dirigentes del PC alemán exiliados especialmente en Francia, no se les estimuló a ir a España por estimarse su actividad imprescindible para mantener la cohesión y operatividad del partido. Esa misma consideración puede haber sido una de las causas que motivaron a los responsables del PKP, que sufría en 1936 una grave crisis, a prohibir el viaje de Kurt Julius Goldstein. Sólo que Goldstein contestó afirmando que no estaba obligado a obedecer las órdenes del PKP porque sólo se había refugiado en Palestina de forma transitoria, sino al PC alemán, y viajó a España<sup>51</sup>. En el caso contrario encontramos la acusación de David Diamant, que no estuvo en España pero sí muy involucrado en el envío de ayuda así como por su trabajo en el periódico judío comunista *Naye Presse* de París, de que ciertos personajes del partido —él menciona concretamente a uno—habrían enviado ex profeso a quienes pensaba que podían hacerles sombra<sup>52</sup>.

En el caso de comunistas muy activos o revolucionarios profesionales, parece haber habido una tendencia a enviar a España a los que estaban tan fichados por la policía (en el caso, claro está, de que se tratara de partidos comunistas ilegales) que no podían ya ejercer ninguna actividad en su entorno o cuya detención era inminente. Fue el caso, por ejemplo, del judeopolaco Emmanuel Mink, comandante de la compañía judía Botwin, que fue enviado desde Bélgica a la Olimpiada Popular para que se quedara en España porque la policía lo perseguía de cerca. Mink se incorporó a las milicias en cuanto estalló la rebelión<sup>53</sup>.

Todos estos partidos y movimientos de la izquierda judía, amargamente enfrentados en Europa en un maremagnum de acusaciones

mutuas, continúan en ocasiones sus desacuerdos políticos en España. Esto da lugar a tensiones peculiares dentro del subgrupo –nombre un tanto abusivo- de los judíos voluntarios como la que llevó, por ejemplo, al palestino David Karon (sionista de *Hashomer Hatzair*) a buscar intencionadamente su integración en una compañía donde no hubiera judíos en cantidad considerable<sup>54</sup>.

### 3. MOTIVACIONES (Y DUDAS)

Las motivaciones de los voluntarios judíos para ir a luchar a España son muy variadas y coinciden con las que invocan los no judíos: lucha contra el fascismo, defensa de la democracia, solidaridad, esperanza de desencadenar una revolución... En los escritos o declaraciones autobiográficos se hace un fuerte hincapié en el hecho de haber pretendido “evitar el Holocausto” o de haber aprovechado la primera oportunidad que se ofrecía de “luchar contra Hitler con las armas en la mano”. Pero lo cierto es que no siempre resulta fácil dilucidar hasta qué punto el peso posterior de la tragedia que vivieron los judíos europeos en la Segunda Guerra Mundial no determina la forma como esos voluntarios interpretan su actuación en la década de los treinta; o, por decirlo de otra manera más general, hasta qué punto su identificación, en el momento de escribir sus memorias, con el mundo judío no es más una reacción posterior (propiciada y, en ocasiones, desencadenada por la magnitud del Holocausto) que proyectan a una época de su vida donde ésta sólo existía en potencia. Lo que sí está claro es que, tuvieran o no conciencia los voluntarios en 1936-38 de hasta dónde llegarían después las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, hay en ellos una aguda conciencia del peligro que el nazismo supone para el pueblo judío como se puede comprobar en cartas, prensa e iconografía contemporánea.

Hay, además, algunos motivos que no son judíos, pero que son vividos por ciertos voluntarios de forma mediatizada por su sensibilidad judía y su particular experiencia histórica<sup>55</sup>. El internacionalismo no es, por supuesto, una característica especialmente judía en los años treinta. Pero el hecho de que en la cultura judía clásica, que es todavía la que buena parte de los brigadistas judíos heredan (aunque la rechacen como hemos visto) no exista el concepto de “patria”, hace que algunos vivan su internacionalismo con particular intensidad. Hay, ciertamente, una dialéctica que recurre a

motivos y eslogans “nacionalistas” y que se corresponde con la política del partido comunista en esos años como es bien sabido; la prensa y la propaganda apelan a menudo, consiguientemente, a las “masas judías” y a los motivos “judíos”. En este marco hay que integrar, en cierto modo, el recurrente argumento de que los voluntarios en España, con su comportamiento heroico, desmienten el tópico antisemita de la cobardía judía que se repite hasta la saciedad incluso en el propio periódico del frente de la compañía judía “Botwin” y que utilizan también sus compañeros y oficiales no judíos. El tópico y su “desmentido” pertenecen a un mundo de valores ajeno al judaísmo clásico, donde el papel preponderante corresponde justamente a la separación y la elección y en el que el valor no se mide por la capacidad de enfrentamiento ni por las virtudes militares. Se trata de un concepto ligado al concepto del “nuevo judío” muy típico de los movimientos políticos judíos de la época, que están a la búsqueda de una definición no tradicional de valores que se adapte a la nueva situación en que los judíos se encuentran. En cualquier caso, estas apelaciones al coraje judío sirven de elemento de cohesión pero no pueden sustituir a la “patria” ausente. En una anécdota muy significativa a este respecto, David Diamant, citando a Ilex Beller, cuenta que un voluntario polaco, que ocupa su tiempo libre en limpiar su ametralladora, le explica a su compañero de armas judío que una “Maxim” tiene que poder “cantar una canción rimada”. Para demostrarlo, muestra a su camarada judío que, cada vez que la toca, la ametralladora “pronuncia una sílaba del himno nacional polaco: Po-lonia no está muer-ta mientras nosotros viva-mos”. Se hace difícil imaginar una anécdota semejante protagonizada por un brigadista judío esteuropeo. Sin tierra que puedan sentir propia, sin himno nacional, los judíos de las Brigadas Internacionales dan la impresión de haber sido o internacionalistas puros, o pertenecientes a un grupo más étnico que nacional. Las apelaciones a las “masas judías” –especialmente en las autobiografías, menos mediatizadas en ese aspecto que la prensa comunista de la época- parecen reposar más sobre la solidaridad judía (concepto, este sí, con raigambre en la tradición judía aunque aquí toma en consideración la división de clases) que sobre conceptos como el de una nación judía, la lucha por la independencia nacional o la patria, ideas que sí se encuentran en otros grupos. En resumen, si el internacionalismo no se puede considerar una característica judía, su

radicalidad en ciertos brigadistas judíos sí puede apoyarse en ocasiones en experiencias y circunstancias específicamente judías<sup>56</sup>.

En los casos es que sí hay una conciencia de particularidad, ésta se expresa en primer lugar por la lengua –el yidish actúa de elemento aglutinante- y también por el apego a las canciones populares judías que se mencionan siempre junto con las revolucionarias. Esta música “de casa” puede ser incluso religiosa (he encontrado referencias a *Kol Nidré* y a *Avinu Malkenu*<sup>57</sup>) y hay que verla, en el contexto laico e incluso ateo que predomina entre los voluntarios, como un señal de identidad y complicidad grupal y no como una expresión de sentimientos religiosos. No he encontrado de momento alusiones a una utilización del ritual como valor puramente cultural integrado en una visión laica del mundo. Al provenir muchos de los voluntarios de hogares tradicionales y haber recibido una educación tradicional judía por lo menos en la primera etapa de su vida –muchos de ellos han sido incluso alumnos de *yeshivot*, de academias rabínicas- sus señales de identidad están todavía profundamente ligadas al universo cultural-religioso o, al menos, tradicional. Es el caso del soldado herido que comunica sus nostalgias a Rachel Schwartzman, enfermera en el hospital de Albacete: “Pequeña Rahel, siéntate cerca de mí. Hoy es noche de Shabat. Mi madre he hecho *guefilte fish*, y en casa todos están sentados en torno a la mesa y seguro que están hablando de mí. Pequeña Rahel, siéntate cerca de mí”; así cita R. Schwartzman las palabras del paciente (que, por el contexto, parece ser más un símbolo de otros muchos que una persona concreta) y añade: “Todos los enfermos expresaban más o menos los mismos sentimientos”<sup>58</sup>.

Ya hemos hablado del internacionalismo como algo que, sin ser una característica judía, puede llegar a ser vivido por los voluntarios o futuros voluntarios judíos de una forma en que sus circunstancias peculiares como judíos sí cumple algún papel. No es lo único. La incertidumbre con que algunos viven los procesos estalinistas contra la vieja guardia del partido tampoco es una característica judía ni los mencionados procesos tienen una motivación antisemita, pero el hecho de que los judíos abundan en ellos viene a integrarse en la mente de algún voluntario con la memoria histórica de una larga experiencia de antisemitismo ruso. La disciplina (y el deseo de no dejar el partido o el temor al vacío y a la súbita desprotección que

dejarlo representaría) prevalece pero, paradójicamente, puede ser lo que lleve a ciertos judíos comunistas convencidos a ir a España, que presenta para ellos la ventaja de ser un frente (en su forma de percibirlo, al menos en el momento de tomar la decisión) de lucha antifascista ideológicamente irreprochable. Es el caso de Sigmund Stein, activista comunista plenamente integrado en el partido que había tenido que abandonar Polonia debido a su actividad política y se ocupaba en Praga de dirigir una revista para promover la idea y recibir financiación en favor de la república soviética judía de Birobidzhan, y que decide ir a España tras “varias noches sin dormir” a causa de los problemas ideológicos que le plantean los procesos<sup>59</sup>.

Ya en plena guerra civil, la disolución por parte de la URSS del partido comunista polaco (y la liquidación de muchos de sus dirigentes), que tampoco es una medida en principio antisemita, tendrá una incidencia traumática en los judíos por el peso de estos últimos en dicho partido. Moshe Zalcman ha dejado una vívida descripción del terror vivido por los comunistas polacos que estaban en esos momentos en la URSS y añade:

“La creación de las Brigadas Internacionales para España despertó en los emigrados políticos una nueva esperanza: fueron muchos los que se ofrecieron para combatir al lado de los republicanos españoles [...] en secreto, pensaban: mejor caer en el combate que vivir en el miedo perpetuo de ser arrestado y muerto por una mano ‘fraterna’. Otros se decían: ‘por lo menos, quitarse de encima los complejos de inferioridad y las acusaciones de haber venido a aprovecharnos de una revolución llevada a cabo por otros. Yo también fui voluntario para ir a España’ ”<sup>60</sup>.

La política de la URSS cumple también un papel en la decisión de viajar a España de muchos comunistas judíos palestinos, perplejos ante las directrices de Stalin de arabizar artificialmente los mandos del PKP donde los árabes son, sin embargo, minoría, y de apoyar la ola de ataques terroristas contra la población judía iniciada en abril de 1936, por considerarla oficialmente un “despertar del antiimperialismo” árabe.

Entre las motivaciones que sí son específicamente judías el antisemitismo es un revulsivo importante y es el motivo expreso que el doctor Shloyme Yankev (Jacques) Grunblatt

da de su militancia de izquierdas y su posterior voluntariado en España en una declaración que, por ser muy característica, cito con cierta amplitud:

“Yo creo que me metí en política porque era un judío en la Polonia antisemita. Pertenecíamos a la organización judía de *Hashomer Hatzair* donde hablábamos de la “solución de la cuestión judía”... y me metí un poco más cuando tuve que dejar Polonia para ir a estudiar medicina en Francia [porque] no podía estudiar medicina en Polonia, yo no era nadie en Polonia... así que me metí en política porque era judío y también un “poquito” izquierdista. Para mí era muy natural... cuando oía a Hitler [que había que] [...] liquidar a los judíos, no me cabía la menor duda de que tenía que hacer algo si podía [pero] no podía hacer gran cosa. Así que, cuando me enteré de la lucha en España, me fui a España. Y allí me convertí en un ser humano porque siempre había sido un *donnadie*; la policía estaba detrás de mí, el gobierno estaba contra mí. Y, en España, de pronto, soy alguien, formo parte de un ejército. Y estamos luchando. Fue una sensación tremenda”<sup>61</sup>.

Para otros, las razones son más vagas. El canadiense Peter Frye admite que tomó la decisión de ir a España al ver en un periódico las fotos de unos niños españoles muertos en un bombardeo. También el norteamericano Hank Rubin da una razón de orden moral para explicar el alto número de judíos en el contingente estadounidense de las Brigadas. Después de afirmar que la mayoría de los brigadistas judíos norteamericanos eran ateos o agnósticos, afirma que “el hecho de ser judíos fue un factor importante... la experiencia histórica judía nos hace especialmente sensibles a la opresión en cualquier parte, y además es un imperativo moral del judaísmo luchar contra la injusticia y la inhumanidad”. Sin embargo, ambos, Frye y Rubin, reconocen que hubo otros motivos más personales que los llevaron a España: relaciones conflictivas con la familia, sentimientos de insatisfacción, extrañamiento y soledad<sup>62</sup>.

Sin olvidar que España puede ser una aspiración mítica que tiene mucho más que ver con el deseo de liberarse de una situación opresiva y claustrofóbica, sin esperanza ni futuro (ningún futuro, como no tardaría en comprobarse) que con una opción real. Personas tan distintas como el mencionado estudiante antifascista sin partido definido Hank Rubin y el revolucionario comunista profesional A. Szurek, mencionan la

palabra “romanticismo” al hablar de sus motivos para ir a España. Ambos llegaron y se enrolaron realmente al servicio de la república.

Quizás entre todos los testimonios que yo he encontrado de la motivación judía para ir a España, uno de los más patéticos (por la fecha, por el lugar, por la edad del implicado, por su irrealidad absoluta, por la desesperada situación que trasluce...) sea el de alguien que nunca llegó. Lo menciona, casi incidentalmente, J. Harefuler, un adolescente comunista polaco nacido en 1921, en el trabajo con que participa en un concurso de autobiografías de jóvenes judíos convocado por YIVO<sup>63</sup> en 1939. Tras hablar del abortado suicidio de un amigo que había intentado inútilmente pasar ilegalmente a Francia, añade:

“Cuando Moniek volvió de su fallido “viaje”, Josek y dos camaradas de mi célula iniciaron también un “viaje” similar pero con un objetivo diferente. Querían simplemente ir a Francia para mejorar su vida, y, si no podían quedarse en Francia, se irían a luchar por la República española [...] Lo dejaron tras un primer intento fallido. ‘Lástima’, me dijo Josek. ‘Tendremos que quedarnos en Polonia’”<sup>64</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> En este artículo dejaré de lado a los voluntarios procedentes de la URSS ya que ese estado, desde el punto de vista judío, constituye en la década de los treinta del siglo 20 un universo con problemas muy específicos.

<sup>2</sup> Kaminski, Hans Erich, *Céline en chemise brune ou Le Mal du Present*. París, 1996, 43-44. La primera edición es de 1938. Kaminski es asimismo autor de una obra sobre sus experiencias en España, *Ceux de Barcelone*, que apareció en 1937 y ha sido reeditada por Editions Allia (París, 2003).

<sup>3</sup> *Ibid.*, 44.

<sup>4</sup> El antisemitismo es, en general, una poderosa razón para militar en el Partido Comunista, que es en los años treinta el más activo en la lucha antirracista sobre el terreno. Como una buena parte de los brigadistas son comunistas, es también un factor importante para enrolarse en las Brigadas. Véase, para el caso de Inglaterra, Bagon, Paul, “Anglo-Jewry and the International Brigades: A Question of Motivation” [documento en línea] Disponible desde Internet en: <[http://www.art.man.ac.uk/HISTORY/research/workingpapers/wp\\_50.pdf](http://www.art.man.ac.uk/HISTORY/research/workingpapers/wp_50.pdf)> [con acceso el 14-1-2004].

<sup>5</sup> Fisher, Harry, *Camaradas: Relatos de un brigadista en la guerra civil española*. Madrid, 2001, 45 (Traducción y Prólogo de Juan María Gómez Ortiz). Como se puede ver, el autor, probablemente sin

premeditación alguna, menciona con todo a los judíos en primer lugar.

<sup>6</sup> Ibid., 144-145. La familia europea de H. Fisher fue exterminada en el Holocausto.

<sup>7</sup> Para los norteamericanos, vid. las cartas de los voluntarios judíos en Nelson, Cary; Hendrick, Jefferson, *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*. New York, 1996. Las cartas personales de europeos publicadas son mucho más escasas. David Diamant trae algunas en *Combattants juifs dans l'armée républicaine espagnole 1936-1939*. Paris, 1979.

<sup>8</sup> Muchos de ellos cambian sus nombres judíos “traduciéndolos”, en ocasiones para hacerse menos conspicuamente judíos en sus actividades de agitación o sindicales; otras veces para soslayar el antisemitismo a la policía. Los casos son numerosísimos tanto en Estados Unidos como en Europa oriental y occidental y han dado lugar a cómputos dobles y hasta triples del mismo voluntario, con el consiguiente desajuste en los números obtenidos (además de hacer, en ocasiones, sumamente dificultosa su identificación como judíos).

<sup>9</sup> Aparte de H. Fisher y sus propios compañeros de orfanato, véase el programa de una velada en memoria de Abraham Sasson caído en España, organizada por los antiguos alumnos del Hebrew Orphan Asylum de Brooklyn y Nueva York donde Sasson se educó. En el mismo programa se mencionan otros catorce voluntarios (cinco de ellos muertos en acción y uno –Leo Grachow- que se da por capturado aunque había sido asesinado al ser

tomado prisionero) egresados de esos mismos orfanatos.

<sup>10</sup> Corkill, David; Rawnsley, Stuart J. (eds.), *The Road to Spain: Anti-Fascists at War 1936-1939*. Scotland, 1981.

<sup>11</sup> Ibid., 1.

<sup>12</sup> *Saothar (Labour) Obituary. Maurice Levitas* (sin lugar ni fecha de publicación).

<sup>13</sup> De hecho, la lucha de la minoría judía por lograr la igualdad de derechos, negada a pesar de los compromisos asumidos por Rumanía y de las leyes que en ocasiones la aceptan en una teoría constantemente desmentida por la práctica, será constante hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

<sup>14</sup> Friesel, Evyatar, *Atlas of Modern Jewish History*. Revised from the Hebrew Edition, Jerusalén, 1990, 92 y 99.

<sup>15</sup> Ibid. Vid. también Schneiderman, Harry (ed.), *American Jewish Yearbook* correspondientes a los años 11935-1938 (números 37-39) donde se hacen recuentos anuales de las leyes discriminatorias, las persecuciones e incidentes antisemitas y, en general, los problemas que encara la población judía.

<sup>16</sup> Szurek, Alexander, *The Shattered Dream*. New York, 1989, 1.

<sup>17</sup> En Polonia en 1931, 37% de la población judía se dedica al comercio y 45% a la artesanía y a la industria.

<sup>18</sup> Constituyen, respectivamente, el 43,6% y el 31,8% del total de los emigrantes de dichos países. Vid. Tertkover, Arie, *Nedudei ha-yehudim ba-olam*. Jerusalén, 1947, 37 y 60.

<sup>19</sup> En la década de los treinta del siglo 20, lo que hoy son el Estado de Israel y los territorios administrados por la Autoridad Palestina, recibía en el marco internacional el nombre de Palestina como es bien sabido. Aunque el nombre oficial que daban en hebreo al país las autoridades organizadas de los judíos palestinos (a cuyo mundo sociocultural pertenecen los voluntarios judíos de las Brigadas), era *Eretz Israel*, Tierra de Israel, he decidido conservar “Palestina” para eludir la carga semántica religiosa que en español tiene esa denominación.

<sup>20</sup> París, por ejemplo, es sede de la dirección del PC alemán. Los judíos alemanes tomaron parte muy activa en las Brigadas Internacionales, donde representan un 30% del total de voluntarios procedentes de ese país. Su ubicación, en el actual estado de la investigación, es, sin embargo, problemática porque, al pertenecer culturalmente al judaísmo occidental, no todos se declaran públicamente judíos y, al venir en muchos casos de familias asimiladas y compartir parcialmente sus apellidos con alemanes no judíos, no siempre es fácil rastrearlos en los archivos. El libro más completo publicado hasta la fecha sobre los voluntarios franceses sólo se ocupa de los inmigrantes tangencialmente. Vid. Skoutelsky, Rémi, *L'espoir guidait leurs pas: Les volontaires français dans les Brigades internationales, 1936-1939*. Paris, 1998.

<sup>21</sup> Tertkover, Arie, *Nedudei...*, op. cit., 97. Las causas y carácter de esta inmigración (cuyas cifras no son exactas porque Francia fue asimismo puerto de llegada de una importante riada de inmigración ilegal que no siempre se puede cuantificar), tienen un importante papel en la historia de los brigadistas judíos. En los límites del presente artículo, sin embargo, tendremos que limitarnos a hacer breves referencias a ella.

<sup>22</sup> Vid. datos sobre estas medidas en Polonia, Rumanía y Hungría en la entrada “Numerus clausus” de la *Encyclopedia Judaica*, vol. XII, Jerusalén, 1972, 1263, esp. 1267-1269. En Polonia, además, se implantan a partir de 1936 los llamados “bancos del ghetto”, ubicados al fondo del aula, donde los estudiantes judíos sí admitidos tenían que sentarse (medida contra la que los estudiantes judíos se rebelaron).

<sup>23</sup> Portrait d'une identité communiste juive: “Les Juifs de Belgique dans la guerre civile espagnole”. *Pardes*, 17 (1993), 148.

<sup>24</sup> Ayalti, Hanan, *Der hotel vos existirt nit*. Montevideo, 1944. El escritor Binyomin Schlevim, que no estuvo en España pero en 1934 se instaló en París procedente de Varsovia y vivió muy de cerca las circunstancias de la emigración obrera judía comunista en esa ciudad, afirma en su novela *Di yidn*

*fun Belvil*. París, 1948 (hay traducción al francés: Schlevim, Benjamin, *Les juifs de Belleville*. París, 1956), por su parte, afirma que “ese verano, los clubs obreros de París estaban desiertos. El club bellevillense de los parados cerró. Casi todos los que lo frecuentaban estaban en el frente, en España [...] al final, se consideraba poco glorioso pasearse todavía por Belleville [un barrio inmigrante obrero de París donde vivían muchos judíos]. Cuando uno se encuentra con alguien, le preguntaba: - ¿Qué pasa? ¿Aún no te has ido?” (222-224).

<sup>25</sup> Beller, Ilex, *De mon shtetl à Paris*. París, 1991, 80.

<sup>26</sup> Vid. un itinerario de ese tipo en Stein, Sigmund, *Der birger-krig in Shpanie: zikhrones fun a militsianer*. París, 1961, 23.

<sup>27</sup> Beller, Ilex, *De mon shtetl...*, op. cit., 62.

<sup>28</sup> Medem, Gina, *Los judíos luchadores de la libertad: Un año de lucha en las Brigadas Internacionales*. Madrid, 1937, 57.

<sup>29</sup> Madrid, 2001.

<sup>30</sup> London, Lise, *La madeja del tiempo. Roja primavera*. Madrid, 1996, 312. Lise London cita a su cuñada según la cual London habría formado parte de un grupo sionista de izquierdas llamado “Schwartz-Weiss” (negro-blanco); no hay ninguna asociación sionista con ese nombre, probablemente se trata de Blau-Weiss (azul-blanco), un grupo pionero de jóvenes de habla alemana.

<sup>31</sup> Es también el caso, en Francia, de las asociaciones comunistas por grupos de lenguas en el seno de la MOI (mano de obra inmigrada) que, aunque dependen del PCF siguiendo con ello las directivas según las cuales los comunistas se integran al PC del país donde están, conservan de hecho cierta libertad de acción. Un resumen de la historia y el funcionamiento de estos grupos centrado en el de habla yídish, en Courtois, Stéphane; Peschanski, Denis y Rayski, Adam, *Le sang de l'étranger: Les inmigrés de la M.O.I. dans la Résistance*. París, 1989, 15-35.

<sup>32</sup> En palabras de Annie Kriegel “Israel ya no está en Israel, pero sigue siendo Israel”. Aunque la autora se refiere a un momento posterior de siglo 20 de la izquierda radical francesa judía, la afirmación es aplicable a la década de los treinta. Vid. Kriegel, Annie, *Communismes au miroir français: Temps, cultures et sociétés en France devant le communisme*. París, 1974, 220.

<sup>33</sup> Sobre la estructura religiosa del marxismo se ha escrito mucho. Vid., por ejemplo, las reflexiones de George Steiner en *Nostalgia del absoluto*. Madrid, 2001, 13. Desde el punto de vista judío el comunismo comparte, por otro lado con el sionismo un cierto contenido mesiánico secular que es sin duda uno de los motivos por los que ejerció una gran atracción sobre los jóvenes con una educación judía tradicional.

<sup>34</sup> Kriegel, Annie, *Communismes...*, op.cit., 220.

<sup>35</sup> Declaración en un fragmento de filmación no utilizado de la directora Judith Montel. Agradezco a la Sra. Montel su amabilidad de haberme enviado dicho fragmento, que fue rodado en Madrid en 1986.

Vid. también Lustiger, Arno, *¡Shalom...*, op. cit., 264.

<sup>36</sup> El dato sobre David Ostrowski proviene de una entrevista con él; el de Harry Fisher, de una autobiografía inédita sin título y correspondencia con la autora.

<sup>37</sup> Incluso en círculos socialistas o de otros movimientos de izquierdas que albergan serias dudas con respecto al régimen stalinista, pero eligen conscientemente cerrar los ojos. Sobre este tema en general, vid. Groppo, Benno, “Les difficultés de la mise en place d’un stratégie antifasciste dans la gauche non communiste des années trente”, en Serge Wolikoff et al., *Antifascisme et nation: Les gauches européennes au temps du Front Populaire*. Dijon, 1998.

<sup>38</sup> Vid. Courtois, Stéphane; Peschanski, Denis y Rayski, Adam, *Le sang...*, op. cit., donde se estudia el caso de la resistencia judía organizada por los comunistas.

<sup>39</sup> “La casi totalidad de los sefarditas sienten simpatía por los rojos, por saber que están con ellos los judíos del mundo entero”. Las palabras del mensaje de Romero Madrigales, representante del gobierno de Burgos en Atenas escritas a principios de 1938, parecen reflejar, una cierta realidad; cit. en Lisboa, José Antonio, *El retorno a Sefarad: La política de España hacia sus judíos en el siglo XX*. Barcelona, 1993, 79.

<sup>40</sup> La presencia en las BBII de voluntarios provenientes del movimiento revisionista tiene que haber sido muy reducida. De hecho, sólo he podido rastrear un caso: Salman Salzman, palestino y miembro de Betar.

<sup>41</sup> Para el caso de Estados Unidos, vid. Singerman, Robert, “American-Jewish Reactions to the Spanish Civil War”, *JCST*, XIX-2 (1977), 261-278.

<sup>42</sup> Abreviación de *Algemeyner Yidisher Arbeter Ring in Lite, Poyln un Rusland*, partido creado en Rusia en 1897. En la década de los treinta sólo era activo en Polonia, donde era bastante popular en los círculos obreros judíos. Una sucinta historia de la trayectoria del Bund en la entrada “Bund” de la *Encyclopedia Judaica*, vol. 4, op. cit., 1497.

<sup>43</sup> Liebermann, Dov, “Le combat juif contre le fascisme a commencé en Espagne, en 1936”. *Regards*, 132 (Octubre 1979), 36. El artículo de Sercarz se publicó el 18 de febrero de 1938.

<sup>44</sup> Un *kibutz* muy cercano a lo que hoy es la frontera libanesa que fue fundado en 1938 en un momento de gran tensión y enfrentamientos entre judíos y árabes, por lo que se convirtió en símbolo de la fundación y la defensa de asentamientos judíos.

<sup>45</sup> El caso del *yishuv* judío en Palestina ha sido, a este respecto, el más estudiado y, hasta donde yo sé, el único estudiado de manera sistemática. Vid. el trabajo de licenciatura de Bajaj, Moshe, *Janitah 'adifá al Madrid: Teguvat ha-yishuv be-Eretz Israel le-miljemet ha-ezrajim be-Sefarad*. Nevé-Ur 1998. También Algazi, Yosef, “Miljemet ha-zrajim be-Sefarad be-rei ha-‘itonut ha-‘ivrit be-Eretz Israel-

Palestina 1936-1939". *Ha-jinuj u-sevivó*, 14 (1996), 102-126.

<sup>46</sup> Un asentamiento previo al *kibutz* Kiriát Menajem que, junto con sus compañeros de grupo pionero, fundaría David Karon tras volver de España. Ver entrevista a David Karon en el Proyecto Guerra Civil Española, división de Historia Oral del Instituto de Judaísmo Contemporáneo de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

<sup>47</sup> Al volver de España, sin embargo, fueron reintegrados a su grupo pionero sin problemas e incluso festivamente recibidos.

<sup>48</sup> Entrevista a Nahum Sofér.

<sup>49</sup> Medem, Gina, *Lender, Felder, Kamfn*. Nueva York, 1963, 276. De todas formas, G. Medem, viuda de un conocido activista del Bund, hacía ya tiempo que simpatizaba con el comunismo, por lo que hay que considerar su afirmación (interesantísima en caso de ser cierta) con las debidas precauciones.

<sup>50</sup> Aunque la noticia de su llegada no parece haber sido exactamente bien recibida por el comisario político de la brigada, Wladyslaw Stopczyk (verdadero nombre: Tadeusz Cwik), a juzgar por sus comentarios a Sigmund Stein. Este último cuenta el episodio en *Der birger-krig...*, op. cit., 106. A su vuelta a Polonia, Alter publicó una serie de artículos en *Naye Folksaitung*, el periódico del partido en Varsovia. Este periódico, que había publicado una entrevista a Andreu Nin y varios artículos sobre los anarquistas, dio una gran cobertura a los sucesos de mayo en Barcelona. Durante la Segunda Guerra Mundial, Alter huyó a la zona de Polonia ocupada por los soviéticos y fue ejecutado por estos últimos en 1941.

<sup>51</sup> Schuder, Rosemarie; Hirsch, Rudolf, *Numer 58866 Judenkönig*, 128-129

<sup>52</sup> Diamant, David, *Nathan l'ouvrier juif*. París, 1989, 312. Su testimonio coincide con el de otros historiadores de las brigadas.

<sup>53</sup> Entrevista a Emmanuel Mink.

<sup>54</sup> Entrevista a David Karon.

<sup>55</sup> No hay que perder de vista que, en este apartado, pongo el acento en motivaciones específicamente judías o con un acento que les impone la experiencia judía. Por supuesto, no significa que la mayoría de los judíos fueran a España (mucho menos conscientemente) con motivación judía específica, ni que los motivos que aquí doy sean los de la mayoría de los voluntarios judíos, aunque sí se repiten frecuentemente en sus escritos autobiográficos.

<sup>56</sup> Lo que recuerda a la conocida tesis de Sartre: "Haga lo que haga [el judío] está lanzado en esta ruta [...] no puede elegir no ser judío. O más bien, si lo elige, si declara que el judío no existe, si niega violentamente, desesperadamente en sí mismo el carácter judío, es precisamente en eso en lo que es judío". *Réflexions sur la question juive*. París, 1985, 108. Cit. en Lévy, Bénni, *Être juif*. París, 2003, 32.

<sup>57</sup> Ambas oraciones pertenecen a la liturgia de Yom Kipur (la segunda no exclusivamente) y las dos van asociadas a melodías muy conocidas y apreciadas en la tradición judía.

<sup>58</sup> Cit. en Diamant, David, *Combattants...*, op. cit., 174. El *guefilte fish* o pescado relleno, formaba parte del menú típico de la noche de Shabat en los hogares del este de Europa.

<sup>59</sup> Stein, Sigmund, *Der birger-krig in Shpanie...*, op. cit., 15-17. El libro fue publicado previamente por fascículos en el periódico estadounidense en yidish Forverts, con el expresivo título "Yo fui un comisario en la 'legión extranjera' de Stalin" (1955). Para entonces, Stein, que antes de ser comunista había militado en el Bund, había abandonado el comunismo y, de hecho, su libro es una dura crítica a la política comunista en España.

<sup>60</sup> Zalcman, Moshe, *Histoire veridique de Moshé ouvrier communiste au temps de Staline*. París, 1977, 127. Zalcman no llegó a ir a España.

<sup>61</sup> Declaración en un fragmento de filmación no utilizado de la directora Judith Montel.

<sup>62</sup> Extrañamiento directamente ligado, en el caso de Rubin, a su condición de judío en un entorno mayoritario no judío; Rubin, Hank, *Spain's Cause was Mine: A Memoir of an American Medic in the Spanish Civil War*. Southern Illinois University, 1997, especialmente 14. Para P. Frye vid. Ruby, Thelma; Frye, Peter, *Double or Nothing: Two Lives in the Theatre. The Autobiography of Thelma Ruby and Peter Frye*, London, 1997, 95.

<sup>63</sup> YIVO (*Yidisher Visenshaftlikher Institut*) es un instituto para la investigación del judaísmo esteuropeo que hasta la Segunda Guerra Mundial tuvo su sede en Vilna y después pasó a Nueva York donde actualmente se encuentra.

<sup>64</sup> Shandler, Jeffrey (ed.), *Awakening Lives: Autobiographies of Jewish Youth in Poland before the Holocaust*. New Haven and London, 2002, 368.